LOS LUNES CON NICOMEDES

Más sangre peruana en La Quinua

Por Nicomedes Santa Cruz

Accediendo a una gentil invitación del eminente antropólogo ayacuchano, profesor Efraín Morote Best, —Rector de la Universidad Nacional de San Cristóbal de Huamanga— para que diera una charla sobre el Cancionero Costeño, así como un recital a base de mis propias Décimas; me encontré en la muy hermosa, folklórica e histórica Ciudad de Huamanga, durante los días 8, 9 y 10 del presente mes de Octubre.

En honor a la verdad, dicha invitación la provoqué yo mismo a través del doctor Luis Guzmán Barrón, que aquí en Lima tiene su despacho como asesor jurídico de la Universidad de Huamanga. Dos poderosas razones me impulsaron a esta pechugonada: El deseo de conocer personalmente al más grande Folklorista peruano (cuya fama es más grande en el extranjero que en su propia tierra), y la ansiedad formal de adentrarme en la cultura andina, remedio de paso el secular adagio que dice: "Gallinazo no canta en puna, Gallinazo no canta en por fortuna".

Y si canta es por fortuna.

Tras breve hora y media de confortable vuelo, llegamos al pequeño aeropuerto de Ayacucho. Tremendo cambio: del clima de humedad limeña a la seca de sequedad andina. Del sombrío, chato y gris, que cubre Lima la Fea, al diáfano y alto cielo azul de Ayacucho... ¡Ahh!... De la egoísta, indiferente y fría gente limeña a... ¡horror!... Reynaldo Naranjo... Sí, al pie de la escalinata del "Faucett" me esperaba la esmirriada y macilenta figura del poeta Reynaldo Naranjo. Ya no se me separó jamás. Siguió a mi lado hasta mi retorno, alimentándome Ayacucho.

El sábado 8 dí mi recital en la Universidad. En la mañana del domingo 9, el Dr. Morote puso a mi disposición una flamante camioneta de la Universidad para que, en compañía de un pequeño grupo de funcionarios me llevaran a la Pampa de La Quinua. Por supuesto que también integraba la comitiva Reynaldo Naranjo. El está a cargo del periódico de la U. Nacional de San Cristóbal de Huamanga.

Ya en lo más alto de la cuesta y cerca de La Quinua, comenzaron mis sorpresas, gratas e infaustas. Cuando el corazón me repiqueteaba más que bongó de calatista y se justificaba el refrancito de marras, a más de 3.500 metros de altura vi un campo de fútbol donde dos equipos de jóvenes ayacuchanos disputaban arduamente un partido. ¡Increíble!. En el pueblo de La Quinua nos recibió una comisión de notables presidida por el Alcalde de la Ciudad: "Señor Nicomedes, cuando vuelva a Lima le vamos a agradecer mucho que nos averigüe de qué fecha data la fundación política del pueblo de Quinua como distrito de Ayacucho, porque aquí en el Municipio no tenemos ningún documento al respecto. Hemos encargado a nuestros representantes en el Parlamento, pero parece que están muy ocupados en el Congreso". ¡Y vaya que sí están muy ocupados nuestros "Padres de la Patria"! Pero, sigamos con el relato.

Con sincera aflicción nos mostró el Alcalde de Quinua la casa donde se firmó la rendición del Virrey por los generales realistas ante Sucre, terminada la Batalla de Ayacucho. "Estuvo abandonada durante muchos años, se cayó el techo, se robaron la mesa donde se firmó la rendición, no dejaron ni las sillas. Este techo de totora es nuevo. Las dos sillas que Ud. ve tampoco son las auténticas y las paredes las hemos enluecido nosotros".

Proseguimos nuestra ascención al histórico campo de batalla y allí nuestra sorpresa llegó al colmo. El monumento recordatorio de la hazaña que selló la independencia de Sudamérica, ahí, en las faldas del Condorcunca, en esa suave meseta de cinco kilómetros de largo desde la que parece dominarse toda la Cordillera Andina.

Allí en Quinua, para perennizar la más grande hazaña continental se ve la más afrentosa "obra" escultórica que pudiera concebir la sinverguencería e ingratitud humana: Una monstruosa estatua de yeso, carcomida hasta lo dantesco, que en algún momento habrá intentado simbolizar La Libertad e La Patria, pero que en su actual estado sólo representa la Impudicia.

A pocos metros del "monumento" se levantaban dos arcos de fútbol. Reynaldo Naranjo fue el primero que los vió e inmediatamente brotaron de sus poéticos labios una serie de epítetos y denuestos. "Vamos a derribar esos arcos" —dijo finalmente.

Entre Reynaldo, el estudiante de antropología Salvador Palomino Flores, y yo, empezamos nuestra reivindicatoria tarea. Los parantes de dichos arcos, hechos de toscas maderas con un grosor de seis pulgadas por lado, no estaban enterrados muy profundamente en el sacrilegio suelo de la Quinua, pero considerando que la operación la realizábamos a 3.500 metros sobre el nivel del mar, y considerando que Reynaldo nunca se distinguió por su fortaleza física, inmediatamente presentí que nos iba a ocurrir una desgracia.

Efectivamente. De uno de los lados, Reynaldo y Salvador Palomino dieron arranque un parante. Cuetó Reynaldo y Salvador Palomino vino hasta mí para desenterrar el otro poste. De pronto, en un descuido, se venció a Reynaldo, cayó el poste de su lado y reventó la unión del larguero a palo horizontal del arco: una pesada viga de seis metros de largo y seis pulgadas por seis de ancho, que al caer rozó, felizmente, la cabeza de Palomino, haciéndole una leve herida sobre el cuero cabelludo. Rota abundante la ropa y sangre por a inmediatamente le levantó en la ambulancia a la Posta Médica del pueblo de Quinua.

Ya en la Ciudad, mientras suturaban al herido, varios puntos de sutura, Reynaldo decía al Alcalde: "Por vuestra ingenuidad se ha derramado nuevamente sangre peruana en la Pampa de Quinua".

Mirando las cosas desde el punto de vista [illegible] que se [illegible] profundamente [illegible] el [illegible] de [illegible] que [illegible] [illegible] [illegible]